

«Küme tünngün ta niemün», “La paz esté con ustedes”



FERNANDO TORRES M., Pbro.
Sacerdote de la diócesis de Temuco

Escuchar la homilía del Papa Francisco en el aeródromo de Maquehue genera diversas emociones. La impresión comienza al constatar que, en un breve discurso, se contiene un mensaje potente y sólido; además de una serie de metáforas, citas y descripciones del contexto donde ésta fue pronunciada: La Araucanía. Todo ello, me atrevo a decir, la transforman en una joya, o un pozo donde podemos seguir bebiendo por un buen tiempo.

Junto con lo anterior, en lo personal, esta homilía me hizo pensar que el Papa se tomó el tiempo estudiándola, meditándola, confeccionándola. Se trató de un mensaje, más que “cuidado”, “ofrecido”. Sin duda, quería tocarnos el corazón, y lo logró. Esto se notó en la cantidad de aplausos que se escucharon en varias oportunidades durante el desarrollo de la misma. Las palabras del Santo Padre han sido también ocasión de diálogo, y fueron acogidas en diversos y amplios sectores de la sociedad regional.

El Papa Francisco citó “*Arauco tiene una pena*” de Violeta Parra, y también a la nobel Gabriela Mistral, en su *Quinto Elogio*. Ella, por lo demás, conoció muy bien esta zona, siendo en su tiempo directora de los liceos de niñas tanto de Temuco como de Traiguén. Todo esto revela que el Papa, junto con utilizar los anteojos de “calificadísimos” protagonistas de nuestra historia, hace suyos en el mismo Magisterio Pontificio expresiones de “nuestra gente”, lo cual es imposible no relevarlo.

Por otro lado, habló del éxtasis que provoca conocer esta zona del país, la que podría permanecer en la retina con la perspectiva del *turista*. Con esto parece dar a entender que hubiese estado en alguna oportunidad por la región; se escuchó como si se tratara de un espacio conocido para él; una especulación de lo que pudo ser su estadía en Chile cuando estudiante.

Las metáforas del *Chamal*, el significado del Buen Vivir (*Küme Mongen*), la “deforestación de la esperanza” y, sobre todo, aquélla que nos llamaba a ser “artesanos de la unidad”, fueron un regalo estupendo, en un espacio como el nuestro, donde a veces más que ello, somos agentes de división. El Papa sabe muy bien qué es la unidad, porque la Iglesia vive buscando vivir en esa comunión, que no es “uniformidad”, pero que debe ser una motivación de cada miembro para que se pueda contemplar en el modo de ser y hacer. La unidad “no es un arte de escritorio...”, “es un arte de la escucha y del reconocimiento...”.

Junto a lo anterior, quiero valorar la expresión en torno a “los bellos acuerdos” que no se concretan, y que terminan “borrando con el codo, lo escrito con la mano”. Vistos también como “violencia, porque frustra la esperanza”, son una radiografía de muchas de nuestras soluciones, que no logran llegar siempre al fondo de los asuntos. Bien lo sabe la Región de La Araucanía, donde las heridas no logran resarcirse de la sofocación de la violencia, que como bien dijo Francisco, en ninguna forma son válidas, y más bien “termina volviendo mentirosa la causa más justa”.

El Papa no quiso dejar de decir lo que había en su mente y corazón, con la mirada de Pastor. Fue la misma motivación por la que quiso estar en La Araucanía, ya que a pesar del simpático y corregido “Maqueque”, sabía bien lo que había sucedido en ese lugar, en momentos tristes y dolorosos de nuestra Patria; y también lo mencionó. Fue una homilía que contempló los dolores que en el tiempo pueden “naturalizarse” y dejarnos indiferentes, pero que, para él y para los que creemos, no pueden ser olvidados.

Comenzó su saludo en Mapudungun, “Mari, Mari” (Buenos días), y “Küme tünngün ta niemün” (La paz esté con ustedes, Lc 24,36), dando gracias a Dios, por este bendecido “rincón de nuestro continente”. Y cerró pidiendo como en la oración sacerdotal de Jesús al Padre (Jn 17), que el Señor nos transforma a todos en “artesanos de la unidad”.